



HAL
open science

”Intelectuales con cabeza de chorlito”. Jorge Semprún contra el eurocarrillismo

Marta Ruiz Galbete

► **To cite this version:**

Marta Ruiz Galbete. ”Intelectuales con cabeza de chorlito”. Jorge Semprún contra el eurocarrillismo. Bulletin d’histoire contemporaine de l’Espagne, 1999, 30-31, pp.366-382. hal-04773932

HAL Id: hal-04773932

<https://hal.science/hal-04773932v1>

Submitted on 8 Nov 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L’archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d’enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

“INTELECTUALES CON CABEZA DE CHORLITO” JORGE SEMPRÚN CONTRA EL EUROCARRILLISMO

Marta RUIZ GALBETE
(Université de Provence)

Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne, n°30/31, CNRS-Université de
Provence-UMR TELEMME, juin-décembre 1999, pp. 366-382.

El 15 de octubre de 1977 la burguesía catalana se ha dado cita en el Hotel Princesa Sofía de Barcelona donde se va a fallar el prestigioso premio Planeta en su XXVI edición. El tradicional banquete de gala ya ha comenzado y el jurado sigue deliberando en un salón contiguo mientras Jorge Semprún responde en su mesa a alguna que otra pregunta “sin levantar la vista del plato”, Manuel Barrios come con gesto huraño y Ángel Palomino simplemente come¹. Pero las sucesivas votaciones no apuntan ni a *Vida, pasión y muerte en Río Quemado*, ni a *Divorcio para una virgen rota*, sino a *Testimonio*, presentado por un tal Juan García... Al abrirse la plica correspondiente, resultará que *Autobiografía de Federico Sánchez* es el testimonio premiado y que los cuatro millones del Planeta van a parar a Semprún. Durante la deliberación, el catedrático y senador real Martín de Riquer, ha tenido que ser sustituido por negarse a enjuiciar una obra de la ideología de la ganadora y, nada más conocerse el resultado, Barrios ha acusado a la editorial de soborno, coacción y oportunismo político². Hasta aquí, sin embargo, la polémica que la “novela” iba a desatar no podía tan siquiera adivinarse.

En efecto, las razones por las cuales la *Autobiografía de Federico Sánchez* se convertiría desde aquella noche en un *best-seller* anunciado no iban a ser exclusiva ni principalmente de índole literaria. Aunque el nombre de Jorge Semprún sea hoy ineludible en la historia político-cultural de la Transición, hay que reconocer que éste no había gozado hasta entonces de una gran notoriedad pública en España: *Le Grand voyage* (1963) no había circulado sino solapadamente en una coedición mejicana de Seix-Barral, *L'Aveu* (1970) había sido proyectado durante la dictadura pero con un enfoque que desvirtuaba totalmente su intención original y *La Guerre est finie* (1966), retirada en su día del festival de Cannes por presiones del régimen, apenas si acababa de ser estrenada en Barcelona. En realidad, es bajo el pseudónimo de “Federico Sánchez” como Semprún se había dado a conocer, entre 1953 y

¹ Eduardo Chamorro, “El largo viaje de Jorge Semprún”, *Cambio 16*, 31 de octubre-6 de noviembre de 1977, p. 93.

² Barrios afirmaba que José Manuel Lara —presidente de Planeta— lo había llamado el cuatro de octubre para comunicarle que, a pesar de la unanimidad del comité de lectura, no podía contar con el premio. Éste le habría aconsejado amistosamente que se retirase prometiéndole por su comprensión el lanzamiento extraordinario de la obra y medio millón de pesetas pero, ante la negativa del novelista, le habría asegurado por lo menos el segundo premio. “He elaborado un dossier que pondrá al descubierto un tinglado incompatible con esa España Limpia (sic) a la que aspiramos”, amanerará Barrios la noche del Planeta (cf. “La ira va por Barrios”, *Cambio 16*, 31 de octubre-6 de noviembre de 1977, p. 94). La editorial lo negará todo y presentará una querrela.

1963, como dirigente del partido comunista en la clandestinidad. Infatigable publicista y agitador, principal artífice de la atracción de la juventud intelectual hacia el marxismo, miembro de las más elevadas instancias directivas y protagonista, junto a Fernando Claudín, de la crisis del 64³, su autobiografía prometía ser una radiografía atípica de la “reciente prehistoria⁴” española y no podía menos de intrigar a aquella franja de la oposición que había sido o seguía siendo comunista.

¿Qué diría la *Autobiografía de Federico Sánchez*? ¿Por qué sacar a relucir la historia del PCE en los años 50-60? ¿Cómo saldrían el partido y sus hombres más representativos del descargo de conciencia de Semprún...? Tratar de reconstruir hoy la expectación levantada por el libro y lo que éste significó en el momento en que el PCE empezaba a actuar en la legalidad — discutidísima legalidad, recordémoslo— dando una imagen de gobernabilidad renovada, no carece de interés, en efecto. Más de veinte años después, la polémica sigue lastrando cualquier intento de aproximación al “Planeta anti-Carrillo” y parece haber sesgado definitivamente la imagen del dirigente comunista que fue su autor. Ahora bien, ¿es posible abordar hoy el testimonio de Federico Sánchez con una mayor distancia crítica? ¿Acaso se agota su alcance documental en las claves de lectura entonces dictadas por la actualidad política? ¿Cuál fue, en definitiva, el itinerario real de aquellos “intelectuales con cabeza de chorlito” que, comunistas, llegaron a la Transición fuera del partido?

1. 1977: “Todas en el mismo Carrillo”

La amplitud y el calado social de la polémica suscitada en 1977 por la *Autobiografía de Federico Sánchez* no podrían entenderse, para empezar, sin el formidable trampolín mediático del premio Planeta y la inundación del mercado por una edición de 110.000 ejemplares pronto agotada. Bien es verdad que semejante perspectiva de difusión bastaba para justificar el recurso de Semprún a una editorial abiertamente tradicional bajo el franquismo. Pero si el “insólito maridaje⁵” de José Manuel Lara con el antiguo dirigente comunista extrañó a más de uno, lo cierto es que la derecha no trataría de recuperar políticamente el libro y que éste permitiría abrir por fin, a

³ La crisis de 1964, que alcanza su clímax en la reunión de Praga en torno a la cual girará después la *Autobiografía...*, fue el mayor intento de acercamiento a la realidad, compleja y difícil, de la lucha antifranquista que existió en la historia del PCE. Semprún y Claudín entendían que la oligarquía española, además de haber ganado la guerra, se había fortalecido en la postguerra y que este dato no podía seguir siendo enmascarado tras unos análisis que la convertían en más débil que en 1936 o 1945. Así, frente al voluntarismo de una dirección que seguía proclamando la inminencia de un golpe definitivo al régimen, ambos defendieron la necesidad de una lucha de más largo aliento, de una táctica y unos procedimientos menos dogmáticos. Tras su expulsión, lejos de convertirse en un partido “a la italiana”, el PCE seguirá ligando su suerte a los designios de Carrillo. Para una información más detallada sobre esta crisis *cf. infra* y Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España. 1939-1986*, Barcelona, Planeta, “Espejo de España”, 1986, pp. 381-406.

⁴ Son palabras de Semprún en su prólogo a *El desencanto*, Madrid, Elías Querejeta ed., 1976, p. 10.

⁵ “El largo viaje de Jorge Semprún”, art. cit., p. 94, donde el autor también se preguntaba “¿dónde se expresa uno con libertad, sin presiones contra el editor? Pues con un editor insensible a presiones.”

escala pública, un debate aplazado en el PCE desde finales de la guerra civil.

Al entrar en liza, el prestigio de Semprún ante la intelectualidad española más comprometida es indudable. Durante los doce años transcurridos entre su exclusión definitiva del partido y el detonante Planeta, el escritor-guionista ha sabido encarnar las aspiraciones de la izquierda más antidogmática del exilio sin llegar a caer nunca en la figura del renegado. Desde la doble censura de *La Guerre est finie* (1966)⁶ hasta las espinosas elipses narrativas de *L'Évanouissement* (1967), pasando por el discurso revolucionario de la primera época de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, ha evitado todo ataque frontal a un partido todavía ilegal. Pero en 1977, levantada por fin la pesada hipoteca de la clandestinidad antifranquista, el PCE va a tener que resignarse a la emergencia de voces disonantes con todo lo que de novedoso e insólito tenía la heterodoxia en el comunismo hispánico. Este vuelco en la percepción será por lo menos tan determinante en la lectura de la *Autobiografía...* como el camino recorrido por la militancia hasta el momento de su publicación.

Baste recordar a este respecto el protagonismo del PCE en la lucha contra la dictadura o la estatura reconocida a su secretario general en el contexto internacional desde 1974, y confrontar las esperanzas de una verdadera “ruptura democrática” depositadas en el partido con aquel decepcionante 9,38% de los votos obtenido en las primeras elecciones libres para calibrar la magnitud del revés político⁷. No contento con disipar el viejo sueño de unidad social-comunista que el “eurocomunismo” de Carrillo había resucitado⁸, el fracaso electoral arrebató además al PCE su pretendida hegemonía en el bloque de izquierdas. Y es que, entre las expectativas iniciales y la irrefutabilidad de los hechos había mediado un giro táctico de envergadura.

Con la llegada del secretario general a España y una vez transformada la organización del interior en el mismo instrumento dúctil del exilio, todas las decisiones del partido se habían encaminado a sumar fuerzas para convencer a los poderes fácticos de la amplitud unitaria de la alternativa. La Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia habían sido fundidas

⁶ Recordemos que, además de no haber podido ser presentada a competición en Cannes por presiones del régimen, *La Guerre est finie* había sido retirada también del festival checoslovaco de Karlovy-Vary, cediendo esta vez a las instancias de la Pasionaria. Proyectada fuera de concurso, la película obtendría en ambos certámenes premios creados *ad hoc* por la crítica.

⁷ Las elecciones del 15 de junio de 1977 sancionaron tanto el deseo de cambio de una mayoría del país como el triunfo de la moderación. Ganó la Unión de Centro Democrático de Suárez con el 34,3% de los votos, seguida por el PSOE, con el 28,5%; la derecha neofranquista de Alianza Popular obtuvo el 8% y apenas cuatro diputados menos que el PCE, con un 9,38%, muy por debajo de las expectativas iniciales.

⁸ En torno al “compromiso histórico” de los líderes del PCI y al mismo Santiago Carrillo se habían ido construyendo en efecto unas señas comunes para los partidos comunistas del área occidental europea que pasarían a conocerse a partir de 1974 bajo el nombre de “eurocomunismo”. Totalmente emancipados de la Unión Soviética, los PPCC europeos integraba ahora, con mayor o menor convicción, las libertades democráticas, la preocupación por no romper el equilibrio de bloques y un ideal reformista que descartaba cualquier ruptura revolucionaria. La dictadura del proletariado o internacionalismo proletario, por su parte, parecían haber pasado definitivamente a la Historia.

en un nuevo organismo de Coordinación Democrática. Pero a medida que la alianza con el PSOE y los democristianos de Ruiz Jiménez obligaba al PCE a diluir sus reivindicaciones rupturistas y éste iba cultivando una imagen moderada en vistas a la legalización, los comunistas habían abandonado de la mano de Carrillo la política mantenida durante décadas: la exigencia de un gobierno provisional, de los estatutos de autonomía para Cataluña, Galicia y el País Vasco e incluso la de la amnistía. Sin necesidad de rasgarse las vestiduras o conmover los ánimos militantes, se había empezado a hablar de una “ruptura pactada” —hallazgo terminológico de amplias consecuencias tácticas—, que acabaría por convertirse en “negociación de la reforma” y el partido había pasado de las exigencias más radicales a la más flexible negociación. Incluso la legalización, conseguida por decreto un 9 de abril, se habría alcanzado al precio de una aceptación estricta y pública de la Monarquía, la bandera y la unidad de España, pareciendo más que una victoria una merecida concesión. En el clímax de su influencia social, lejos de servir de intermediario entre los herederos del pasado y las fuerzas que exigían cambios, el PCE reconocía implícitamente su debilidad ante el poder real de las instituciones. Cuando la reforma sea aprobada por referéndum cerrando la primera etapa de la Transición, se verá pues oficialmente incorporado y neutralizado en el proceso político diseñado desde la presidencia del Gobierno por Suárez y el Rey.

En este sentido, el resultado de las elecciones del 15 de junio, las primeras convocadas en 41 años, iba a presentar una radiografía exacta de la enfermedad que había aquejado al esquema estratégico del PCE a lo largo de este periodo. Carrillo no sólo había calculado mal la relación de fuerzas por la derecha, imaginando que el voto conservador iría hacia la Alianza Popular de Fraga en vez de a la Unión de Centro Democrático, sino que también se había equivocado contando con absorber la base de un socialismo fraccionado y minoritario según el esquema del PC italiano. “Después de 40 años de anticomunismo nos dejaron sólo 40 días para superarlos⁹”, comentaría lacónicamente para justificar su fracaso electoral. El partido no iba a ver entonces la necesidad de cuestionar su táctica y seguirá uniéndose su destino al de la UCD para aumentar su credibilidad democrática y arañar la base social del PSOE¹⁰, manteniendo el “consenso” como fórmula de gobierno incluso una vez que el incumplimiento de los Pactos de La Moncloa se haga notorio. Cuando la *Autobiografía...* salga a la calle, la estrategia eurocarrillista tiene pues ya todos los visos de un suicidio político.

Así las cosas, ¿cómo no reconocerse en un libro que, defendiéndose de ser anticomunista, se proclamaba antipartido? “Yo sigo pensando lo mismo

⁹ Citado por Gregorio Morán, *op. cit.*, p. 547.

¹⁰ En los análisis de Carrillo, el PSOE de Felipe González se había visto reducido a un epifenómeno irrelevante por su supuesta inexperiencia e izquierdismo irresponsable, sin querer ver cómo desde la celebración del XXVII Congreso de diciembre éste se había colocado en posiciones firmemente izquierdistas, introduciendo alusiones al marxismo, y había optado por distanciarse firmemente de la UCD con el fin de convertirse en la alternativa al previsible desmoronamiento de aquel partido de retales construido por Suárez.

sobre el entorno, la cultura, etc. que cuando dejé el PCE —subrayaría Semprún en la rueda de prensa de presentación—. Sólo he cambiado en el sentido del partido como instrumento y no creo que el Partido Comunista Español sea ya el ‘instrumento’¹¹. Semejantes declaraciones no podían menos de encontrar cierto eco en una militancia relativamente desorientada por la reciente urbanidad política del PCE. Y aunque la *Autobiografía...* tratase menos de formular una crítica estratégica que de cuestionar la imagen de gobernabilidad por la que tan alto precio se estaba pagando, la súbita irrupción de “Federico Sánchez” apelaba también aquí directamente a la experiencia personal de todos aquéllos que, compañeros de viaje y comunistas, habían padecido en algún momento los métodos del partido.

En realidad, apuntaban los comentaristas mostrando su adhesión de principio, Semprún no buscaba sino interrogar a un vasto público lector acerca de la verosimilitud de este PCE postfranquista, democrático y tolerante, convencido de la necesidad de compaginar la revolución social con el pluralismo político. “El propósito de Semprún al dirigirse a este público específico con la ayuda inesperada del Premio Planeta no es alertarlo contra el partido comunista y su líder —terciaba Mario Vargas Llosa en esta línea—, sino más bien contra la ingenuidad de aceptar cualquier imagen política sin someterla a la prueba de fuego, que no consiste en escuchar lo que los dirigentes y los partidos dicen, sino en relacionar lo que han hecho y lo que hacen con lo que dicen¹²”. Según el parecer general, el escritor había hecho bien en “desvelar interioridades del Partido Comunista español durante su larga y esforzada lucha clandestina”. Y si, para Javier Tusell, la *Autobiografía...* iba a ser leída desde la perspectiva de la España de 1977 como “una cruel desmitificación del eurocarrillismo” la razón no era otra que las pruebas irrefutables aportadas por el protagonista¹³.

Así, por mucho que Vargas Llosa interpretase el libro de Semprún como un esfuerzo inconsciente y pertinaz por seguir discutiendo con sus viejos camaradas, “por seguir persuadiéndolos de la urgencia de un cambio radical de mentalidad y de actitud para la victoria de su causa”, su tono desmesurado, rayano incluso en el insulto, no era el del diálogo sino el de la acusación. Dos números antológicos de la revista *Cambio 16* dan buena fe del cariz del debate público y la relación de fuerzas entonces reconocida. En la portada del primero las imágenes de un Semprún que reía y un Carrillo aparentemente enfadado se enfrentaban en un cara a cara que el primero dominaba desde el ángulo superior. Subrayando la factura de los planos el titular rezaba “Los bajos fondos del eurocomunismo”. El segundo titular, “todas en el mismo carrillo”, encuadraba una foto a toda plana del aludido. Volver sobre Monzón, Trilla, la ejecución de Grimau o el prosovietismo significaba, en efecto, sumar a los errores del PCE sus culpas, y aunque los militantes se aferrasen entonces más que nunca al heroico pasado de la lucha antifranquista, su

¹¹ Citado en *Semprún-PCE. Historia de una polémica*, Dir. Rafael Abella, Planeta, Barcelona, 1978, pp. 8-9.

¹² Mario Vargas Llosa, “La *Autobiografía de Federico Sánchez*”, reproducido en *Contra viento y marea*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 277.

¹³ Cf. Javier Tusell, citado en *Semprún-PCE, op. cit.*, p. 22.

experiencia le hacía convenir con “Federico Sánchez” en que ésta no podía seguir siendo utilizada como único capital político. En cualquier caso, cuando el partido decida entrar en la polémica, la *Autobiografía...* acabará de imbricarse con la actualidad política de manera que la actitud y las conclusiones de sus dirigentes dejen en su lectura una huella definitiva.

La primera manifestación de un comunista, aunque lo fuera del PSUC y estuviese lejos de marcar el tono de las intervenciones del partido, iba a ser la de Manuel Vázquez Montalbán. Desde las páginas de *Mundo Obrero* éste sostenía que si algo evidenciaba la *Autobiografía...* es que el Partido sólo sería convincente en su proyecto de “revolución de las mayorías”, en la medida en que fraguase una democracia interna en consonancia. Por lo demás, concluiría restándole importancia al resto, “la aparente contradicción entre la memoria de Federico Sánchez y la que acumulan hoy los viejos y nuevos militantes sólo es una broma del tiempo. La memoria del político es necesariamente frágil. La del intelectual es poética. El político corrige la memoria cada mañana. El intelectual la recupera, esclavo de nostalgias y esperanzas¹⁴”... Dos semanas después, Fernando Soto, diputado comunista por Sevilla, respondía en tono de reprimenda al camarada Montalbán que la *Autobiografía de Federico Sánchez* no era más que “un montón de basura vertido sobre las más elevadas cimas de la dignidad humana”. “En efecto, es basura, pero basura estalinista¹⁵”, se apresuró a puntualizar Semprún recogiendo la alusión con motivo de la presentación del libro en Sevilla. Hasta entonces, Carrillo se había limitado a declarar a la prensa que él no pensaba leer el libro. Fuentes muy fidedignas afirmaban sin embargo que en vísperas de su visita a los Estados Unidos había llevado un ejemplar para el viaje¹⁶...

Pero la primera reacción oficial llegaría con dos meses de retraso, de la mano de Manuel Azcárate, uno de los intelectuales más identificados con el eurocomunismo. “Parece como si Semprún hubiese roto con el estalinismo, y los demás, los que somos comunistas, no”, protestaba en sus “Comentarios personales sobre la *Autobiografía de Federico Sánchez*¹⁷” aunque sus argumentos sólo convencieron a los convencidos. Federico Melchor, director de *Mundo Obrero* sería el siguiente en entrar en liza con otro artículo, “El libelo en libelo se queda”, y un argumento más afectivo que político: “Hemos sido todos víctimas durante decenios de sangrienta persecución antidemocrática, con blanco preferente en los comunistas. ¿Y va a resultar ahora que los “culpables”, los de la “sangre” somos los comunistas?¹⁸” La contrarréplica de Semprún en cuanto a la supuesta ruptura del PCE con el pasado había sido aplastante y ni el razonado Azcárate ni el indignado Melchor conseguirían evitar finalmente la

¹⁴ Manuel Vázquez Montalbán, *Mundo Obrero*, 24 de noviembre de 1977. Integralmente reproducido en *Semprún-PCE...*, op. cit., p. 30.

¹⁵ Cit. *ibid.*, pp. 30 y 31 respectivamente.

¹⁶ “Tengo que sacrificar los libros que no son interesantes y confieso que, por lo que me han contado, nunca hubiera imaginado que Jorge Semprún escribiera un libro así.” Santiago Carrillo, *Ya*, 11 de diciembre de 1997, cit. *ibid.*, p. 27. Cf. además “Los bajos fondos del eurocomunismo”, *Cambio* 16, 2-8 de enero de 1978, pp. 12-14.

¹⁷ *El País*, 4 de enero de 1978.

¹⁸ *Mundo Obrero*, 12 de enero de 1978.

intervención de Carrillo. El secretario general firmará pues a finales de enero un comedido artículo titulado “No nos moverán” en que, sin consentir en ningún momento descender al plano de las acusaciones (“la crítica de la historia deben hacerla los historiadores”), denunciaba nada menos que una “campana mundial contra el eurocomunismo”¹⁹. Él seguía apostando fuerte por “esta nueva vía al socialismo [que] inquieta profundamente tanto a Washington como a Moscú” y emplazaba a los militantes a seguir con atención el desarrollo del IX Congreso del partido, del cual parecían depender tanto las cuestiones de actualidad como la superación de las acusaciones que Semprún esgrimía:

“En realidad —había respondido éste último a Azcárate—, para un partido comunista que no está en el poder, el mejor criterio de ruptura con el estalinismo ha de buscarse en el funcionamiento democrático de la organización. (...) Personalmente, y por rigor intelectual, para no formular juicios apresurados, me reservo mi opinión sobre este punto hasta examinar los resultados y las decisiones del próximo congreso del PCE²⁰.”

Y el Congreso de abril inclinaría una vez más la polémica a favor del novelista. No en vano, a pesar de haber pasado a la historia como el del abandono formal del leninismo, allí se corroboraría hasta qué punto la necesidad de mostrarse como un partido de gobierno preocupaba a Carrillo por encima de cualquier deseo de democratización real²¹. “El Congreso ha dado de sí todo lo que podía ser. Un poco más, tal vez, de lo que deseaban los dirigentes de “la vieja guardia”. Bastante menos, sin duda, de lo que esperaban algunos observadores ilusionados, por no decir ilusos”, concluía Semprún de manera definitiva²².

Si hasta entonces podía haber alguna duda, a partir de este instante la Transición del PCE tendría que leerse en clave de *Autobiografía...*: el mismo Carrillo de la crisis de Praga, el Carrillo pragmático de pasado tenebroso y el partido por él forjado a su imagen y semejanza pertenecían al pasado y no a la España democrática. Inversamente, la deriva política del PCE también arrojaría nueva luz sobre el testimonio de Semprún: no sólo la Transición se había llevado a cabo bajo la influencia del capital monopolista, como vaticinaron los excluidos del 64, sino que Federico Sánchez y Fernando Claudín parecían convertirse por ello mismo en eurocomunistas *avant la lettre*. Aureolados de lucidez política y cargados de razón histórica, había soñado incluso con los derroteros que el PCE hubiera seguido de haber sido dirigido, a partir de entonces, por aquéllos que la Pasionara tildase de “intelectuales con

¹⁹ “No nos moverán”, *Mundo Obrero*, 19 al 25 de enero de 1978.

²⁰ “Contrarréplica a Manuel Azcárate sobre la *Autobiografía de Federico Sánchez*”, *El País*, 8 de enero de 1978, p. 10.

²¹ El leninismo fue abandonado por decreto, en efecto, pero el PCE ligaba en contrapartida su identidad a la de los veteranos del exilio y con ellos al tipo de dirección personalista de Carrillo. Por mucho que la base hubiera discutido calurosamente la visión triunfalista de los pactos de la Moncloa y del Gobierno de concentración propuesto por el Comité Central en sus quince tesis, el rígido corsé del centralismo democrático impediría que sus enmiendas pudieran formularse como alternativa política global dando un verdadero contenido político al eurocomunismo.

²² Jorge Semprún, “¿Primeros pasos o canto del cisne?”, *Cambio 16*, nº 334, 30 de abril de 1978, p. 62.

cabeza de chorlito” ya que

“frente a los errores del Partido, nosotros establecimos un análisis concreto de la situación española, junto a una crítica a la situación interna del Partido, paralela a la petición de una autonomía radical del Partido respecto a la sociedad rusa y el estalinismo: Carrillo ha aprovechado algunas de nuestras conclusiones, pero sólo para capitular ante la situación de una manera oportunista y pragmática²³.”

En efecto, el lastre que este desenlace impondrá a todos los lectores contemporáneos de la *Autobiografía...* va a ser doble: la imagen de un antagonismo inveterado entre Carrillo y el protagonista, por una parte, y, por otra, la certeza de que si Semprún tenía razón era porque Federico Sánchez la había tenido. El hecho de que su autor no sólo estuviese saldando cuentas con el partido, sino también con la historia que parecía habersele escapado entonces de las manos, además de consigo mismo, pasaría prácticamente inadvertido.

2. Federico Sánchez, juez y parte

La *Autobiografía de Federico Sánchez*, se abre en la reunión del castillo de Praga con una frase: “Pasionaria ha pedido la palabra”, para concluir, casi trescientas páginas más adelante, cuando Pasionaria toma por fin la palabra y pronuncia su famoso anatema contra los intelectuales. Entre ambas intervenciones el narrador habrá interpelado a “Federico Sánchez” como si de un fantasma del pasado se tratara, con la serenidad que supone suficiente como para hacer su propia autocrítica y la de la política en que participó. De alguna manera, parecía decir Semprún abundando en su actitud durante la polémica, si él atacaba el dogmatismo y estalinismo inherentes al partido era porque, habiendo roto personalmente con este pasado, no tenía ningún problema en confrontarlo. La *Autobiografía...*, señalaría desde su primera rueda de prensa, “es un libro muy crítico, pero también sumamente autocrítico: si con alguien he querido ajustar cuentas, ese alguien no es otro que Jorge Semprún²⁴”.

El narrador sempruniano se presentaba pues como juez y parte de un largo ejercicio de memoria en que, lógicamente, no iba a perder en autoflagelaciones sino el tiempo necesario. ¿Acaso no admitía éste sin reparos que la “novela” había surgido como respuesta a un ataque de Carrillo en *Demain, l’Espagne...?*

“...aquello era como una agresión personal a un señor que ya estaba enterrado; yo me había olvidado de Federico Sánchez y resulta que lo resucitan para decir que fue un sinvergüenza o una persona casi despreciable... Pues no. Vamos a rehabilitarlo como a las víctimas del estalinismo, que siempre se las rehabilita póstumamente, vamos a

²³ “El largo viaje de Jorge Semprún”, art. cit., p. 94.

²⁴ *Ibid.*

rehabilitar a Federico Sánchez de forma póstuma²⁵.”

Así, aunque el contenido político de la obra vaya a estructurarse en torno a la oposición fundamental trazada por el autor entre la “memoria histórica” de Federico Sánchez y la “antimemoria comunista²⁶”, ello no excluirá momentos autocríticos tan profundamente apologéticos como efectistas.

“...en fin —comentaba el escritor en las primeras páginas del libro— hay que asumir lo que uno ha sido. Unos han estado en el Frente de Juventudes, o han asistido a los Cursos de Cristiandad, pongamos por caso, antes de hacerse comunistas. Y yo he sido un intelectual estalinizado. Hay que saber que lo he sido y tengo que explicar por qué lo ha sido. Sería muy fácil olvidarse de su propio pasado, desmemorizarse, como suelen hacer nuestros Pequeños Timoneles locales y vernáculos. Sería demasiado fácil. No me olvido de mi propio pasado²⁷.”

Semprún expone, en efecto, algunas de sus vergüenzas poéticas y cauteriza con “el hierro al rojo vivo de la memoria²⁸” los silencios culpables de la guerra fría. Pero su autocrítica tendrá poco que ver con un verdadero ejercicio de memoria histórica. Por una parte, no sólo la demolición de su poesía de partido le depara una nueva ocasión de lucimiento intelectual, sino que uno de los poemas reproducidos, el “Juramento español a la muerte de Stalin”, ha sido cuidadosamente expurgado en un claro ejercicio de falseamiento²⁹. Por otra, el “masoquismo pequeño burgués” que Carrillo le reprochará cuando evoque nuevamente su certeza pasiva ante la inocencia de Josef Frank, antiguo compañero de deportación ejecutado en el proceso Slansky, oculta con suficiente eficacia la falacia ideológica sobre la que se sustenta el testimonio del antiguo dirigente comunista.

Es inútil buscar en la *Autobiografía...* una autocrítica de Semprún como delfín de Carrillo, dirigente estalinista en el interior o corresponsable de una línea política. En otras palabras, si aceptamos la convención narrativa del relato y convenimos en utilizar su pseudónimo oficial para el período 1953-1964, “Federico Sánchez” no parecerá responsable de un solo acto digno de

²⁵ “No sé realmente quién soy”, *El País semanal*, 30 de octubre de 1977, p. 6. Cf. también *Autobiografía...*, Planeta “Bolsillo”, Barcelona, 1995, pp. 234 y 235.

²⁶ A propósito de esta memoria “de mierda” que hace que los comunistas recuerden tan sólo lo que les conviene censurando el resto, el escritor señalaría que “un partido sin memoria, sin capacidad crítica para asumir y hacerse cargo, verídicamente, de su propia historia, es un partido incapaz de elaborar una estrategia auténticamente revolucionaria”, *Autobiografía, op. cit.*, p. 214.

²⁷ *Ibid.*, p. 17.

²⁸ *Ibid.*, p. 130.

²⁹ Falta, en efecto, la última tirada que transformaba claramente el sentido global del poema de simple elegía en profesión de fe combativa:

“Camaradas: éste es el juramento:

Las banderas de STALIN alzaremos

Sobre el radiante porvenir de España”

Para calibrar el sentido de las supresiones cf. *Autobiografía*, pp. 128-130 y la versión integral de los *Cuadernos de Cultura*, nº 11, 1953, p. 16.

reprobación en su larga existencia de activista. “En 1953 comienza una nueva etapa de tu vida”, afirmará el narrador, “tuviste la suerte (...) de convertirte en un dirigente del PCE en los años que siguieron a la muerte de Stalin”, el contacto con la realidad española ahuyentó “los fantasmas rigoristas y superególatras de tu anterior estalinismo³⁰... Pero lo cierto es que el escritor no hubiera podido salir al paso de semejante pretensión sin sustentarla en un vehemente planteamiento narrativo. Y es aquí donde el carácter novelesco de la autobiografía probará toda su rentabilidad: si el contrapunto de personas gramaticales hace las veces de distanciamiento crítico y la voz del narrador sienta la verdad objetiva, el discurrir digresivo de la memoria facilita, además, una estrategia de selección política. ¿Puede acaso considerarse casual el hecho de que, a pesar de tratar largamente de la ASU (Asociación Socialista Universitaria), Semprún omita las particulares circunstancias en que la foto reproducida en la portada de la *Autobiografía*... había sido tomada³¹? ¿es quizá involuntario que olvide igualmente haberse comportado como un “hombre de partido” tanto en 1956 con su hermano Carlos, como con Javier Pradera en 1960 o con Ricardo Muñoz Suay en 1962, a quienes dedicaba el libro? De estos colaboradores bajo la responsabilidad directa de “Federico Sánchez”, recordemos, el primero había sido apartado de la organización por su oposición a la intervención soviética en Hungría y el segundo por diferencias de valoración respecto a la huelga del 18 de junio y la entrada de España en el Mercado Común. Muñoz Suay se había ido sólo, pero Semprún dejaría de tratarlo hasta que el mismo vacío se hiciese en torno a sí tras su expulsión del partido. Baste pues recordar, para concluir a este respecto, la opinión que merecía en 1977 a Pradera la voluntad autocrítica de la *Autobiografía*...: “la acumulación de verdades parciales —diría— no da como producto final, paradójicamente, un libro veraz³².”

Con todo, estas objeciones iban a pesar tan poco en el debate de entonces como pueden pesar hoy a ojos de cualquier lector que no conozca con cierto detalle las interioridades de la historia del partido. El lastre de aquella polémica vivida como una revancha histórica, un nuevo juicio de Praga invertido con Carrillo y la vieja guardia esta vez en el banquillo, sería y seguirá siendo igualmente decisivo en un libro construido en torno a la sentencia del 64 como clímax novelesco. ¿Qué importaba si antes de ser víctimas ellos mismos, Semprún y Claudín también habían fustigado divergencias y avalado ostracismos? Lo cierto es que el de Praga había sido un verdadero juicio estaliniano y que los *Documentos de una divergencia comunista* recientemente publicados por Claudín estaban ahí para certificar el

³⁰ *Autobiografía, op. cit.*, p. 116.

³¹ La foto en cuestión fue tomada por Pedro Ramón Moliner para preservar a Carlos Zayas, “submarino” comunista en la ASU, que pretendió dar marcha atrás después de un viaje de fe a China y la Unión Soviética. Al anunciar a Semprún que “de comunista, nada”, éste se sintió en peligro y los miembros de la Asociación decidieron amenazar al dirigente comunista con entregar los clichés a la policía si algo ocurría a su compañero. Para más detalles, cf. P. Ramón Moliner, “Federico Sánchez, cazado”, *Cambio 16*, 2-8 de enero de 1978, p. 15.

³² Javier Pradera, “Las verdades parciales de Semprún”, *ibid.*, p. 16.

bochornoso proceder que “Federico Sánchez” reprochaba al partido³³. La vehemencia y el buen hacer literario del escritor acabarían de inclinar la balanza en este sentido. Así, la tan traída y llevada invectiva de Pasionaria contra los “intelectuales con cabeza de chorlito”, ni había sido dirigida directamente contra Semprún ni había sido formulada como conclusión en que apoyar su apartamiento del Comité Ejecutivo, según se da a entender en la *Autobiografía*³⁴... Pero ¿qué pesaban ciertas “licencias polémicas” frente a la aplastante verdad del libro? ¿Qué importaba tampoco, en última instancia, si las posiciones mantenidas por el heterodoxo del 64 fueran después de todo menos clarividentes de lo que Semprún mantenía años después? El acceso a las actas de aquella reunión de Praga nos permite zanjar hoy, en todo caso, ahí donde el lector coetáneo debía confiar únicamente en la memoria del protagonista.

Basarse al fin en los documentos para evaluar la actitud real de “Federico Sánchez” en el castillo de Zbraslav no debe suponer ningún menoscabo al mérito que supuso tratar de imponer un poco de racionalidad en los caducos esquemas políticos del PCE de principios de los 60. Con todo, el balance sólo puede calificarse de desmitificador en relación con cualquier versión *a posteriori* de los hechos. En primer lugar, su aportación a la vertiente económica de la crisis resulta tanto más insignificante cuanto confusa a pesar de suscribir enteramente los postulados de Claudín. En tanto que hombre del interior, es cierto que a Semprún le cuesta obviar los problemas de la fase de liquidación del franquismo y lanzarse como el resto a especular sobre el post-franquismo. Pero cuando se lance por fin a las virtualidades del análisis político, no dejará de incurrir en flagrantes contradicciones tratando de atenuar el balance y conciliar lo irreconciliable:

“Esa liquidación del fascismo no será la salida de la oligarquía. (...) no será la salida de la oligarquía, aunque ciertas partes, ciertas capas, ciertos círculos, otros de los que ahora predominan, parte de los que ahora también predominan sigan teniendo en sus manos, o sigan influyendo decisivamente sobre las formas de poder social económico y, por consiguiente tengan una influencia más o menos determinante en las formas de poder político. (...) No es inevitable que la oligarquía, y no ha sido nunca inevitable que la oligarquía gobierne sólo con formas de poder fascistas. El capital monopolista gobierna en otros países con formas muy diferentes de poder, pero gobierna ¿cómo no gobierna? Yo creo que esta salida incluso en estas condiciones sí (sic) conserva el capital monopolista muchas posibilidades de dominio, no sólo económico y social, que eso será

³³ Fernando Claudín, *Documentos de una divergencia comunista*, El viejo topo, Barcelona, 1978, donde se incluían: el informe del autor en la sesión del Comité Ejecutivo que tuvo lugar a finales de marzo del 64 en Praga; un texto, “Las divergencias en el partido”, que pretendía relanzar la discusión en otoño del mismo año, cuando “los dos efes” todavía no habían sido apartados del Comité Central; una “Puntualización” donde Semprún, Francesc Vicens y Claudín salían al paso de la campaña denigratoria desatada contra ellos por el PCE-PSUC y, finalmente, como anexo, las “notas críticas” a su informe de marzo aparecidas en *Nuestra Bandera* en enero de 1965.

³⁴ Para una contextualización exacta cf. la intervención de Dolores Ibárruri en la sexta sesión del día 30 de marzo por la mañana, recogida en las *Actas de la reunión plenaria del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España (marzo-abril 1964)*, “Dolores”, p. 28.

en un primer periodo evidente y evitable (sic), sino de poder político, incluso eso no será una salida de la oligarquía, eso será una gran victoria popular, eso será una gran victoria revolucionaria³⁵.”

“Eso es verdad”, asentiría una Pasionaria confundida por tanta contradicción. Y a ello se reducirá el análisis económico-estratégico de Semprún.

En cuanto a su contribución sobre los “problemas internos y algunas cuestiones ideológicas”, el suyo es un lúcido balance de las carencias del PCE en su organización del trabajo con los intelectuales, en efecto, pero establecido por un hombre de partido y desde dentro del partido. A lo largo de este repaso que abarcaba desde una consideración preliminar sobre la concepción del intelectual comunista, hasta una respuesta concreta a los problemas planteados en su propia organización, pasando por los errores de método cometidos a lo largo de su contencioso con el resto del Ejecutivo, se hablará por supuesto de estalinismo. “Yo no siento ninguna necesidad de hurgar en los problemas del culto a la personalidad, ni regodeo en los problemas del culto a la personalidad, ni tengo ninguna angustia, ni ningún remordimiento, ataque de conciencia, ni ninguna preocupación en este sentido —afirmaría—. Pienso que es un problema político. Y como problema político lo abordo y lo abordaré³⁶.” Semprún ha decidido romper el tabú de unas señas de identidad que nadie quiere tocar en aquella reunión mostrando sus propias cartas. No sólo admite haber leído todas las obras de Trotski y haber puesto entre paréntesis los elementos convincentes de su denuncia a Stalin, sino que saca a relucir la ejecución de Josef Frank y su reciente lectura de *Une journée d'Ivan Denissovitch* de Alexandr Soljénitsyne. Cuando Dolores lo interrumpa para reprocharle su silencio sobre la inocencia de Frank, la distancia que media entre el relato de la *Autobiografía...* y la verdadera respuesta de “Federico Sánchez” no deja de ser significativa:

“Evoqué la memoria de Josef Frank ante los miembros del Comité Ejecutivo del PCE. Yo sabía que era inocente, en 1952, y no había dicho nada. No había proclamado en ninguna parte su inocencia. Me había callado, sacrificando la verdad en aras del Espíritu Absoluto, que entre nosotros se llamaba Espíritu-de-Partido. Y *esa herida del estalinismo en mi propia piel seguía quemándome. Nunca más, cualquiera que fuese la circunstancia, cualquiera el precio a pagar, volvería a sacrificar la verdad en aras de la pragmática Razón de Estado o de Partido. Eso les dije*³⁷.”

explicaría el escritor en 1977... Y en 1964,

“—...Yo hubiera testimoniado primero en el partido, en mi célula del partido comunista de España, decir que eso no era. ¿Qué hubiera pasado? O nada, o nada, diciendo, bueno pues se acabó, o en tales condiciones se hubiera podido producir un proceso de expulsión por plantear cuestiones que podían poner en duda toda una serie de cuestiones.

³⁵ *Ibid.*, sexta sesión, mañana del 30 de marzo de 1964, “Federico Sánchez”, pp. 8 y 9.

³⁶ *Ibid.*, novena sesión, tarde del 31 de marzo de 1964. “Federico Sánchez”, p. 23.

³⁷ *Autobiografía, op. cit.*, p. 193. El subrayado es mío.

- Es que es un testimonio demasiado sangrante, sabes, demasiado claro.
—Pues sí, por eso, demasiado claro, por eso...³⁸

Reducir la *Autobiografía*... a su visceral anticarrillismo, sesgar su lectura a través del cariz revanchista de la polémica por ella provocada no es, en definitiva, sino asentir a una imagen conscientemente parcial y apologética de “Federico Sánchez”. Hay que reconocer, sin embargo, que, por lo menos hasta los años 61-62, éste había hecho suyo el prosovietismo, los métodos y el voluntarismo subjetivista del partido y que, en lo que a la cuestión central de la autocrítica estalinista respecta, no se tratará tanto de reflexionar sin complacencia sobre su pasado como de purgarlo. Que el estalinismo fuese denunciado como un “sistema institucional” en vez de una simple “excrecencia” personalista, tenía ciertamente su valor en 1964, pero, más de diez años después y en un libro supuestamente autocrítico, ya no cabía eludir ciertas responsabilidades personales en el ominoso Espíritu-de-Partido. En cuanto a su lucidez, resulta evidente que proclamando la necesidad de sustituir el voluntarismo del PCE por una estrategia más adaptada al ritmo y los métodos de penetración social en la España del despegue económico, Semprún y Claudín habían tenido el mérito de abrir los ojos a los errores tácticos del partido incluso desde su interior. Ello no obsta para que el camino del “despertar” político comunista fuese para ellos infinitamente más largo fuera del partido.

3. *Del revisionismo a la revisión comunista*

El itinerario real de aquellos intelectuales comunistas que en algún momento de su andadura política cruzaron el Rubicón de la heterodoxia y se encontraron, tantas veces a su pesar, fuera del partido es sin duda tortuoso. Entre ellos, y siendo uno de los más conocidos gracias a la inagotable autobiografía política diseminada desde *Le Grand voyage* (1963) en todos sus libros, el de Semprún es al mismo tiempo paradigmático y controvertido. En él no sólo se confunden diferentes apreciaciones cronológicas a veces contradictorias de un mismo hecho, sino que también vienen a converger por lo menos tres horizontes políticos: el de la larga dictadura antifranquista y el exilio, por una parte, y el de la Europa occidental, por otra, desde la guerra fría hasta el más enfervorizado “tercermundismo”.

El duro trance que suponía en todos los casos la ruptura con el PC ha sido evocado por muchos de sus protagonistas, incluyendo al mismo Semprún:

“On sait à satiété, en effet, (...) ce que représente la rupture avec le parti pour un intellectuel communiste. Que ce soit à la suite d’une exclusion ou d’un abandon volontaire, ce genre de rupture est douloureuse, on le sait. On quitte d’un seul coup papa-maman, la sainte famille, les certitudes, la chaleur fraternelle des masses laborieuses (...), l’horizon bleu-horizon de l’Histoire. On saute en marche de la marche de celle-ci (l’Histoire). Bref, on

³⁸ *Actas*..., novena sesión, tarde del 31 de marzo de 1964, “Federico Sánchez”, p. 25.

reste seul. Ce qui est, bien sûr, la meilleure situation imaginable pour un intellectuel qui accepte jusqu'au bout les risques de sa fonction critique. Mais cette dernière vérité est souvent longue à découvrir, surtout aux époques de remue-ménage historique où les causes justes foisonnent³⁹.”

Bien es verdad que el sentimiento de derelicción ideológica se acentuaba en una generación que había abrazado el comunismo en la Europa del fascismo ascendente, en un momento en que el mundo aceptaba todavía divisiones maniqueas. Pero bastaba muchas veces con sentirse excluido de aquel formidable proyecto careciendo de una nueva familia ideológica o una alternativa política para acusar el golpe con rudeza. En este sentido, el Semprún de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico* es representativo de la dificultad de los heterodoxos en articular una crítica que cimentase una nueva opción militante; y el precio que el escritor antifranquista pagaría por esta impotencia son nada menos que diez años de silencio creativo. Ambos reflejan aquella manera particular de estar y no estar a la vez en el partido que se conoció, entre otros, con el nombre de revisionismo.

Acusados en el momento de su expulsión de “revisionismo capitulador”, “desviacionismo de derechas”, “subjetivismo”, “objetivismo”, “antimarxismo” incluso, los “dos efes” reaccionarían comprensiblemente dando un giro de verbalismo izquierdista para sublimar lo que Gregorio Morán ha llamado el “reflejo típicamente staliniano” de un “complejo derechista”. Claudín, añade, defenderá en *Dos concepciones de la vía española al socialismo* (1966) y *La crisis del Movimiento Comunista* (1970) “posiciones políticas que le descalifican como analista” en los diez años que siguen⁴⁰. Semprún, por su parte, coreará las consignas de la Conferencia Tricontinental de La Habana (“Crear dos, tres... muchos Vietnam”) antes de romper ruidosamente con el castrismo a raíz del *affaire* Padilla⁴¹ y confirmará, una vez extinguida la explosión del mayo francés, sus antiguas profesiones de fe en la violencia como partera de la Historia⁴². Y es aquí, precisamente, donde su itinerario bifurca radicalmente del de los heterodoxos del interior por razones de generación, formación intelectual y, qué duda cabe, por el innegable peso del exilio.

Si para los excluidos del 64 la ruptura con el PCE marcó el inicio de una búsqueda siempre frustrada del comunismo ideal, para los antiguos discípulos de “Federico Sánchez” supuso el principio o la confirmación de un viraje hacia la política como realidad. Desde la cárcel de Burgos, Enrique Múgica enviaría una carta a su antiguo mentor a finales del 63 comunicándole

³⁹ Jorge Semprún, *Montand, la vie continue...* París, Denoël/Joseph Clims, “Folio actuel n° 5”, 1983, p. 183.

⁴⁰ Cf. Gregorio Morán, “Realidad y mito en Fernando Claudín”, *La Vanguardia*, Barcelona, 26 de mayo de 1990. Recogido en *Llueve a cántaros. Crónicas intempestivas*, Península, “Atalaya 31”, Barcelona 1999, pp. 62-65.

⁴¹ La autocrítica del escritor cubano Heberto Padilla ante la Unión de escritores marca, de manera un tanto teatral, la ruptura de la *intelligentsia* europea con el régimen cubano en abril de 1971. Tanto su tono como su contenido recordaban demasiado los grandes procesos estalinianos.

⁴² “Je ne crois pas beaucoup aux voies de passage réformiste, même quand elles sont enrobées dans un langage nouveau, et que l’on évoque la “démocratie avancée”. Je suis de plus en plus convaincu, d’ailleurs, de la nécessité de la violence révolutionnaire”, Jorge Semprún, *L’Express*, 8-14 de diciembre de 1969, p. 176.

su decisión de abandonar la militancia comunista para pasar a engrosar las filas del Partido Socialista; Javier Pradera, sospechoso de “claudinismo” será marginado en la organización universitaria hasta que acabe por marcharse sin hacer ruido y se acerque también poco a poco a las posiciones de la socialdemocracia. Semprún por su parte, seguirá considerándose irremediabilmente comunista mientras Franco siga vivo y el ideal revolucionario reactivado por el izquierdismo militante de principios de los 70 no derive en el peor de los casos hacia el terrorismo. En este sentido, la batalla que va a dar al eurocomunismo armado de su *Autobiografía...* es ciertamente reveladora de su lucidez intelectual.

Este “Federico Sánchez” redivivo que en 1977 admira a propios y extraños por su densa aventura vital, su aroma de leyenda e indudable presciencia política, es el mismo que declarará a *El País* en una de las innumerables entrevistas concedidas:

“Yo diría incluso, aunque sea un poco pedante decirlo, que soy más comunista en el sentido teórico, filosófico, ideológico de la palabra que antes, porque yo creo que lo que vulgarmente se llama estalinismo es lo más antimarxista que existe, porque se está mucho más cerca de lo que puede ser un comunismo siendo antiestaliniano que estaliniano. Por consiguiente, desde ese punto de vista ideológico o moral, en la medida en que la política termina por ser una moral, sigo siendo comunista e incluso con más convicción que antes⁴³.”

La manera como Semprún se oculta con esta ingenua convicción el canto de cisne de su propia ideología apela sin duda a la reflexión. Con todo, el rápido desgaste del PCE de Carrillo y la elaboración definitiva de un pensamiento antitotalitario que subrayaba la analogía histórica entre fascismo y comunismo acabarán pronto por vaciar de sentido tanto su heterodoxia como su utopía políticas. Y el precursor de Praga no tardará en constatar que “el terreno del eurocomunismo, cuando se elaboran todos sus puntos es el que ocupa históricamente, bien o mal, el socialismo europeo⁴⁴.”

Ello explica quizá que Sánchez-Semprún, el “intelectual con cabeza de chorlito” que no se resignaba a aparecer como un renegado comunista a finales de los 70, entrase en la década siguiente proclamando su apostasía...

⁴³ “No sé realmente quién soy”, entrevista con Rosa Montero, *El País semanal*, 30 de octubre de 1997, p. 8.

⁴⁴ Jorge Semprún, “El Eurocomunismo está muerto”, *Cambio 16*, 1º de junio de 1980, p. 51.